

862  
23

## REPARTO

Personajes	Actores
AMELIA . . . . .	Sra. Guerrero.
TERESA . . . . .	» Roca.
PEPITA MARÍN . . . . .	» Salvador.
LA NUEVALOS . . . . .	» Cancio.
LA PEÑAGRÍS . . . . .	» Suárez.
ANDREA . . . . .	» Bueno.
EMILIO . . . . .	Sr. Díaz de Mendoza (F.)
ANTONIO . . . . .	» Santiago.
SANTIAGO, duque de Mar- toria . . . . .	» Díaz de Mendoza (M.)
GONZÁLEZ . . . . .	» Soriano Viosca.
EL CONDE DE NUEVALOS . . . . .	» Llorente.
PEÑAGRÍS . . . . .	» Medrano.
UN CRIADO . . . . .	» Cayuela.
OTRO . . . . .	» Gil.
PEDRO . . . . .	» Urquijo.
PERSONAJE 1.º . . . . .	» Vargas.
IDEM 2.º . . . . .	» Guerrero.
IDEM 3.º . . . . .	» Gil.
IDEM 4.º . . . . .	» Juste.

*La acción del primer acto, en una finca situada en un pueblecillo de la costa cantábrica. Los tres últimos, en Madrid y San Sebastián.*

ÉPOCA, ACTUAL

Derecha e izquierda, las del actor.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

20786



## ACTO PRIMERO

El teatro representa un salón de planta baja en un hotel situado a orillas del mar. Este se verá al fondo por una galería con balaustrada de mármol y columnas de mármol también. La galería estará adornada con macetones y tiestos de flores y amueblada con veladorcillos portátiles, sillas y butacas de mimbre. Dos puertas a la derecha. La de segundo término supone comunicar con la puerta principal del hotel. La de primer término, así como otras dos que habrá en el lateral izquierda, con las habitaciones de la casa. El mueblaje será elegante, artístico y lujoso a la vez. En el centro, una mesita cuadrada. Detrás de la mesa, un sillón, y encima de ella, una lámpara eléctrica con pantalla verde. Del techo penderá una bomba azul de luz eléctrica. En los cuatro ángulos de la habitación, y también en el techo, bombas eléctricas de cristal azul pálido, como la del centro. En las dos paredes del fondo, que encuadran la entrada de la galería, alzaránse grandes jardineras o jarrones desbordantes en flores naturales. También habrá jardineras o jarrones con flores entre las puertas laterales, y macetones con diversas plantas en los ángulos del salón. Procúrese que las flores estén dispuestas y matizadas artísticamente, excepción hecha de una jardinera: la de la izquierda, que contendrá flores rojas y amarillas alternadas, únicamente. La escena comienza en el crepúsculo de una tarde de agosto. El sol se pondrá sobre el mar, desapareciendo del horizonte a poco de alzarse el telón. Al comenzar el acto aparecen en escena Andrea y Pedro. Andrea, acabando de arreglar las flores de una jardinera. Pedro, vuelto de espaldas al público, como si contemplase la puesta del sol. Pedro vestirá traje de

campesino y estará en mangas de camisa. Andrea, traje negro y delantal blanco con pechero.

### ESCENA PRIMERA

ANDREA y PEDRO. Al final, PEPITA MARÍN.

- PEDRO (Encarándose con el sol poniente, que desaparece poco a poco del horizonte.) ¡Anda con Dios, hombre!... Y descansar, que bastante nos has *calentao* hoy.
- ANDREA Sí ha hecho calorcillo.
- PEDRO ¡Calorcillo!... Ya se conoce que no ha *andao* usé por la *güerta*. Lumbre *chorriaba* el *condenao*. La sudor mía era *mesmamente* agua hirviendo.
- ANDREA ¡Qué exageración!... ¡No ha sido para tanto!
- PEDRO ¡Claro! Como *ustés* se pasan las horas de calor a la sombra y echándose aire con el abanico, dicen al anochecer, cuando salen a tomar la fresca: «No ha sío *pa* tanto.» Si tuvieran que aguantar el sol, como este prójimo, a cuerpo limpio y con el *azaón* por sombrilla, no hablarían así.
- ANDREA Vaya, Pedro, que no es usted tan desgraciado. De la señorita no tendrá queja.
- PEDRO No me quejo del ama. De quien yo me quejo es del sol. En invierno, que es cuando hace falta, o no se asoma, o no caliente, y en verano cuece. Luego quieren que el mundo esté bien *arreglao*. No lo está el cielo, ¡*pa* que lo esté el mundo!... ¡En fin!... ¿Hacen falta más flores?
- ANDREA No.
- PEDRO ¡*Cuidiao* si le gustan al ama! ¡Qué simpaticona es! ¡Y qué majencia y qué aquel tiene!... Si no fuese porque ella lo dice, cualisquiera la tomaba por una cómica. *Paice* una señora.

- ANDREA Parece lo que es. No sea usted bestia.
- PEDRO No me gusta faltar a *naide*; pero, vamos, que yo me entiendo. Yo he visto cómicos en mi lugar, que para cinco leguas de aquí, y no eran como la señora.
- ANDREA Tampoco su pueblo de usted será como la ciudad en cuyas afueras vivimos.
- PEDRO ¡Qué va a ser!... *To* mi lugar cabe en esa *güerta*. ¡De *mó* y manera, que los cómicos son conforme al tamaño del pueblo *ande* hacen las junctiones!... Haga usted cuenta que no he hablao. Ya me callo.
- ANDREA Es lo mejor que puede hacer. Recoja esa espuerta y la tierra que ha caído al suelo mientras *arreglábamos* las macetas, y váyase con Dios.
- PEDRO Está bien. (Se pone a recoger en la espuerta la tierra que habrá caído al suelo.)
- PEPITA (Dentro.) No hace falta anunciarme. Soy de confianza. (Entra Pepita por la segunda puerta derecha.) ¡Hola, Andrea!

### ESCENA II

ANDREA, PEDRO y PEPITA MARÍN.

- ANDREA ¡Hola, señorita Marín!
- PEPITA ¿Y doña Amelia?
- ANDREA Allá dentro se quedó con González.
- PEPITA ¡Valiente sinvergüenza! ¡Ya estará haciendo la rueda a doña Amelia para que le reparta un buen papel en el drama nuevo! He visto cómicos adúladores y con poca aprensión, ¡pero como ése...! Es un tío completo. Y luego partiendo siempre corazones con aquellos ojos de mi pueblo. (Sale por la segunda puerta derecha.)
- Pedro acaba de recoger la tierra en la espuerta. Cuando aquella termina, llega Pedro a la segunda puerta derecha, donde estará Andrea.)

PEDRO (A Andrea, por Pepita, que curioseca la habitación.)  
Pues ésta sí habla como los cómicos de mi pueblo. (Sale por la segunda puerta derecha.)

ESCENA III

PEPITA MARÍN y ANDREA.

ANDREA ¿Está usted a malas con González?  
PEPITA ¿Por qué es la pregunta?  
ANDREA Porque antes no le trataba usted así.  
PEPITA ¡Bah!... ¿Quién no tiene su hora mala en el mundo? Afortunadamente la mía pasó. No es que me arrepienta. El hombre tiene mucha gracia: pero, hija de mi corazón, que se la guarde. Si continuamos quince días más me quedo sin ropa que ponerme, y, lo que es peor, sin cuerpo donde poner la ropa.  
ANDREA (Haciendo ademán de sacudir.) ¿También...?  
PEPITA Más que unos zorros.  
ANDREA Pues es una ganga el gracioso.  
PEPITA (Mirando la escena y yendo de un lado a otro.)  
¡Con cuánto gusto ha puesto doña Amelia el salón!... Es artista siempre. ¡Qué bien adornadas las jardineras! ¡Qué admirablemente casado el color de las flores!... ¡Y no digo nada cuando se haga de noche y esas bombas azules ardan y la luz de la luna descubra el mar por entre los árboles del jardín!... Será una decoración poética.  
ANDREA Naturalmente: como para un poeta.  
PEPITA ¡Con eso y con que la obra del poeta resulte un mamarracho...  
ANDREA No es de presumir.  
PEPITA Es buen mozo el poeta.  
ANDREA Sí. (Con despego.)  
PEPITA Ya le conocía. Me lo presentaron antes de irnos a América; sólo que no puse atención. ¿Quién iba a fijarse en él en-

tonces? ¡Tan mal trajeado!... y primerizo.  
ANDREA Claro.  
PEPITA Vaya, ¡que está el salón precioso! Verdad es que a poco que se hiciera... El hotel es divino, y el decorado...  
ANDREA Faltaría que no lo fuese, con tres mil duros que cuesta su alquiler por la temporada.  
PEPITA Es un pico.  
ANDREA Hace falta ser doña Amelia para pagar estas primadas.  
PEPITA Ganándose el dinero a espuestas...  
ANDREA A espuestas lo gana; pero lo tira a carros.  
PEPITA ¡Por mucho que tire, con lo que se trajo de América...! Sólo de alhajas puede llenar un escaparate.  
ANDREA Al dinero échele usted un galgo. Las alhajas aun están quietecitas en los estuches, pero ya andarán, ya andarán. Es muy manirrota.  
PEPITA Hace perfectamente. Empresarios ricos, no han de faltarle, y admiradores dispuestos a arruinarse por ella, tampoco.  
ANDREA Todo acaba en el mundo.  
PEPITA Aun está muy joven.  
ANDREA De cualquier manera, hace mal, señorita Marín. La juventud pasa; el día en que pasa la juventud, las mujeres y las artistas pierden casi todo el valor. El dinero siempre vale igual.  
PEPITA (Como reflexionando.) ¡La vejez!... (Volviendo a su actitud despreocupada del principio.) ¡Bah!... Si pensase yo en mi vejez me moriría de repente.  
ANDREA (Por Amelia.) Bueno que gaste y triunfe; a ello le obligan su oficio, su posición en el teatro. Sólo que debía hacerlo con orden, con prudencia.  
PEPITA ¡No pide usted nada! Pedirle a un artista

orden y prudencia es pedirle higos a un peral.

ANDREA Por su bien lo hablo. Sentiría que andando el tiempo la tuviese que enterrar de limosna. Por mí no lo haré; para la vejez no ha de faltarme.

PEPITA ¡Qué va a faltarle a usted con el ama que tiene! (Con intención.)

ANDREA ¡Si viera usted de qué mal humor me ponen muchas veces sus cosas! Es tan extravagante que... Cualquiera diría que está loca.

PEPITA ¿Loca?

ANDREA De loca son las cosas suyas. Para no ir más lejos: ya sabe usted que está aprendiendo *Cleopatra*.

PEPITA Sí.

ANDREA Bueno. Repasando unos libros que hablan de esa señora... o lo que fuese, leyó que Cleopatra bebía perlas disueltas en no sé qué menjurje. Pues ni corta ni perezosa, buscó el menjurje, desmontó las perlas, ¡todas las perlas! de una pulsera, de un alfiler y de unos pendientes, las echó dentro de una copa, lo revolvió todo con un punzón de oro y se bebió el medio aderezo. ¡Si esto no es estar loca, venga Dios y lo vea!

PEPITA ¿Hizo esto? (Riendo a carcajadas.)

ANDREA Como lo oye usted. ¡Y si aquello hubiese tenido buen gusto!... ¡Yo probé tres o cuatro gotas que quedaron en el fondo del vaso!

PEPITA ¿Y...?

ANDREA Una porquería, señorita Marín, ¡una porquería!

PEPITA (Riendo.) ¡Qué disparate!...

ANDREA El mismo día que hizo ese disparate, no tuvimos dinero para pagar la cuenta del ultramarino. Esta casa es así.

PEPITA Realmente el capricho es caro.

ANDREA Más caros hay otros.

PEPITA ¿Eh? (Con curiosidad. Aparece Amelia por la segunda puerta izquierda, seguida de González. Amelia vestirá con gusto y elegancia exquisitos; con esa sencillez artística más costosa que todos los lujos.)

ESCENA IV

AMELIA, PEPITA MARÍN, ANDREA y GONZÁLEZ.

GONZÁLEZ (Contemplando el salón con gestos de asombro.) ¡Admirable, doña Amelia, admirable!

AMELIA Fijese usted bien, y diga si el poeta querido, el ídolo de la temporada última, tiene mal santuario para dirigir su voz a los infelices mortales. (Riendo.) Estoy insoportablemente campanuda. Es el sarampión de la tragedia que se me sube a la lengua y me hincha las palabras. Siempre que estudio una tragedia me ocurre lo propio: hablo y pienso con tornavoz. Si los dioses del Olimpo se expresaban como sus clásicos intérpretes, a mí no me conquistan. Prefiero el hablar de los hombres... cuando hablan cosas de mi gusto, naturalmente.

PEPITA ¡Esto es un paraíso! (Por el salón.)

AMELIA ¡Ay, Pepita!... Perdona. Charla que charla, no te había saludado aún. (Fijándose en la jardinera que tiene las flores encarnadas y amarillas.) ¡Qué horror!... ¿De quién fué la ocurrencia? ¡Flores encarnadas y amarillas! ¡Los tan acreditados colores nacionales!... (A Andrea.) ¿Fué tuya la idea?

ANDREA Señora...

AMELIA Pero, hija, ¿crees tú que Emilio Rojas es un ministro o un general para obsequiarle con jardineras patrióticas? (Lleva y trae flores, mientras habla, de una jardinera a otra, hasta dejar arreglada la de la izquierda.) ¡Qué hubiera dicho Rojas! ¡Qué hubieran dicho las

personas que aguardo! Me tomarían por una alcaldesa de pueblo recibiendo al diputado del distrito. Vamos, ya se arregló. (A Pepita y González.) Ustedes se quedarán a la lectura.

GONZÁLEZ Como usted disponga.

PEPITA Tendré un verdadero placer. Me gustan mucho las lecturas.

GONZÁLEZ Sobre todo cuando el autor es guapo.

PEPITA Nunca está de más. ¡Rojas es guapísimo!

AMELIA Mejor todavía. Simpático, extraordinariamente simpático. Su conversación esclaviza; y es porque cuando echa fuera de la boca sus ideas y sus sentimientos no habla con los labios: habla con el corazón, con el alma; los pone en cada palabra, en cada gesto, en cada mirar de sus ojos, en cada accionar de sus manos. Hubiera sido un gran actor.

GONZÁLEZ Por de pronto es un gran perdido. No hay vicio que no tenga y no luzca; porque le gusta también lucirlos.

AMELIA ¿Eh? (Con disgusto.)

GONZÁLEZ La mujer que tiene relaciones con él debe ser una mártir.

AMELIA (Con acritud.) Muchos son o aparentan ser viciosos por no morir de amargura, de hastío, de soledad de alma. En cambio otros son viciosos por ruindad de instinto y de carácter. Sobre todo, González, no creo que es usted el llamado a hablar de los vicios ajenos. Con los suyos le sobra para cinco o seis conferencias.

PEPITA (Bajó a Andrea, por González.) ¡Que vuelva por otra!

GONZÁLEZ Doña Amelia, yo...

AMELIA Déjese de excusas: no hacen falta. Además, hoy no tengo ganas de reñir. Estoy contenta, ¡muy contenta!... Un poco nerviosa: La impaciencia de oír el drama, de conocer el papel que me toca re-

presentar. (A González.) Decía usted que la señora que tiene relaciones con él... Teresa...

PEPITA ¿Qué?

AMELIA Hoy la conoceré. Ha llegado de San Sebastián, donde veranea en una finca suya, a pasar unos días con La Peñagrís y con la Nuevalos, y vendrá con ellas. ¿Y qué? ¿Es guapa Teresa?

PEPITA ¡Ptchs!...

GONZÁLEZ Encantadora.

AMELIA ¿Sí?

PEPITA Fea del todo no es.

AMELIA (Mirándose a un espejo.) Y elegante, ¿es?

PEPITA Eso no se puede negar. ¡Muy elegante! Pertenece a una gran familia; se enamoró del poeta como una loca y lo echó todito a rodar. Ahora, como elegante, lo es.

AMELIA (Que no ha dejado de mirarse al espejo y de hacer gestos de disgusto mientras habla Pepita.) ¿Qué estaría yo pensando para ponerme este vestido? ¡Es cursi, horriblemente cursi! (Dirigiéndose a Andrea, que se ocupa en terminar el arreglo del salón.) Ven; me ayudarás a buscar otro. Nada, que resulto una facha, ¡una completísima facha! (A Pepita y González.) Hasta ahora mismo. Espérenme aquí. (A Andrea.) ¿Conque tan guapa y tan elegante es esa... Teresa? (Salen Amelia y Andrea por la primera puerta izquierda.)

### ESCENA V

PEPITA y GONZÁLEZ. Al final, ANTONIO y UN CRIADO.

GONZÁLEZ ¡Estamos bien con la señora!... Puede que por ocho duros quiera contratarme también los pensamientos. El mejor día la planto sin decir quede usted con Dios. ¡Si pensará que es doña Precisa!

- PEPITA ¡Ya, ya!... ¡Gasta unos humos!...
- GONZÁLEZ ¡Que los baje, hija, que los baje! Las comedias no las representa ella sola; si a ella la aplauden, a mí también; y si ella es la Carpio, yo soy González. (Con vanidad.)
- PEPITA (Con tono de burla.) ¡González!
- GONZÁLEZ González. Enrique González. ¿Y qué? Te figuras que le sería fácil substituirme. A mí no se me substituye así como así.
- PEPITA Hombre, te diré.
- GONZÁLEZ ¿Qué vas a decirme?
- PEPITA Que tengo completa la compañía.
- GONZÁLEZ (Con mal humor.) No hagas chistes. El tonto fui yo por dedicarme a damas jóvenes.
- PEPITA Por eso andas en características.
- GONZÁLEZ ¡Pepa!
- PEPITA No te incomodes. La llamaremos... madre noble. ¡Y tan noble! Como que es condesa.
- GONZÁLEZ ¡Qué poquísima vergüenza tienes!
- PEPITA La que tú me has dejado; tanta como ropa; y me quedé en bata.
- GONZÁLEZ Ea, déjame en paz y vete a darle murga al que te ha repuesto el vestuario.
- PEPITA Falta me hacía reponerlo.
- GONZÁLEZ Pues por eso y por otra porción de cosas hemos hecho bien separándonos. Cuando los sacrificios son precisos, se hacen, aunque cueste trabajo hacerlos.
- PEPITA (Con sorna.) A ti debe costarte mucho.
- GONZÁLEZ (Queriendo coger una mano a Pepita.) ¡Qué tonta eres!...
- PEPITA (Dando un manotón en la mano de González.) ¡Quita! (Entra por la segunda puerta derecha un criado, y detrás de él, Antonio.)

## ESCENA VI

PEPITA, GONZÁLEZ, ANTONIO y UN CRIADO.

- CRIADO (A Antonio.) Pase usted; voy a dar aviso a la señora. (Entra por la segunda izquierda.)
- GONZÁLEZ ¡Don Antonio!... (Dirigiéndose a él.)
- ANTONIO ¡Hola, amigo! (Reparando en Pepita.) ¡Calla! ¡Es Pepita!... Siento haber estorbado el coloquio. Sería un juicio de conciliación.
- PEPITA Si no entra usted, concluye como todos los juicios de conciliación: a trastazos.
- ANTONIO Cualquier camino es bueno para llegar al fin. (Sale el criado por la segunda izquierda.)
- CRIADO La señora sale en seguida. (Vase por la segunda puerta derecha.)

## ESCENA VII

PEPITA GONZÁLEZ y ANTONIO.

- PEPITA (A Antonio.) ¿Viene usted solo?
- ANTONIO Solo.
- PEPITA Le esperaban con el señor Rojas.
- ANTONIO No; he salido a pintar después del almuerzo, y, pinta que te pinta, me he estado sobre aquellas rocas (Señalando al fondo.) hasta ponerse el sol. Supongo que no tardará.
- GONZÁLEZ ¿Y son muchos los invitados?
- ANTONIO Los íntimos, nada más que los íntimos. Cuento usted: El duque de Martoria, opositor e íntimo del ama de esta casa; el conde de Nuevalos, (A Pepita.) íntimo de usted; la condesa de Nuevalos, íntima de González; el marqués de Peñagrís, que intimaré con la primer botella que tropiece... La que no va a tropezarse con ningún íntimo es la marquesita de Peña-

grís : Amelia no trata con toreros. Tampoco tengo yo nada íntimo a la mano.

GONZÁLEZ Se deja usted dos íntimos en la cartera : Teresa y el autor.

ANTONIO Esos no son íntimos. Son un matrimonio que no ha ido a pedir a la iglesia sus bendiciones por evitarse un viaje inútil. La iglesia prohíbe los matrimonios entre locos.

GONZÁLEZ El sí es loco. Ella, a creer lo que dicen, es una santa.

ANTONIO ¿Quiere usted locura mayor que la santidad, en este mundo de hombres? (Entra Amelia por la izquierda, vistiendo otro traje tan sencillito, elegante y artístico como el anterior.)

ESCENA VIII

AMELIA, PEPITA, ANTONIO y GONZÁLEZ

AMELIA (A Antonio.) Salud, maestro. Perdone que le haya hecho aburrirse aguardándome solo.

ANTONIO Ni me he aburrido, ni estoy solo. (Señalando a Pepita y González.)

AMELIA (Como si reparase en aquellos por primera vez.) ¡ Ah, sí ! ¡ Qué distraída ! (A Pepita y González.) Dispensen. (A Antonio.) Ante todo, maestro, nada de galanterías, como si hablase con la modelo : ¿ qué tal me encuentra usted ?

ANTONIO Hermosísima, elegantísima, graciosísima y todos los *ísimas* que quiera usted poner detrás.

AMELIA (Con satisfacción de niña mimada.) ¡ Qué peso me quita usted de encima !...

ANTONIO ¿ Por qué ?

AMELIA Tonterías, preocupaciones... preocupaciones de mujer... de mujer vulgar, si usted quiere. Me han dicho que Teresa es muy guapa y muy elegante.

ANTONIO ¿ Y teme usted ser vencida por ella ?

AMELIA ¡ Ptchs !

ANTONIO Deseche los temores. Entre usted y ella no hay punto de comparación.

AMELIA ¿ Eso es ironía o requiebro ?

ANTONIO Las dos cosas tal vez,

AMELIA ¡ Mala persona !... (Golpeando afectuosamente la mano de Antonio. Después de una pausa breve.) Me han dicho que está loca por él ; que se lo ha sacrificado todo, hasta su reputación, antes intachable. Una novela son los tales amores, a dar oídos a la gente. Una novela, sí, señora.

ANTONIO ¿ Romántica ?

AMELIA Para quien no crea en la abnegación y en el sacrificio, romántica será.

AMELIA (Volviendo la espalda a Pepita y a González, sin ocuparse de ellos para nada.) ¡ Cuente usted ! ¡ Cuente usted !... No imagine que esto es curiosidad. Se trata de un interés más grande : el que siente un artista por penetrar las intimidades de otro artista. Quizá sea la actriz codiciosa de aplausos quien habla por mi boca en este momento. Cuando se conocen a fondo el carácter, las pasiones, la vida entera de un autor, se interpretan mejor sus obras.

ANTONIO Es posible.

GONZÁLEZ (Bajo a Pepita.) Oye, aquí estamos de más. Para el caso que hacen de nosotros, nos podemos ir a la galería.

PEPITA (Levantándose.) Llevas razón.

GONZÁLEZ Entonces, vamos ; digo, si no temes que llegue tu conde y te sorprenda junto a mí, y pida explicaciones.

PEPITA ¿ Explicaciones ?... ¿ Desde cuando tiene derecho a pedir las un viejo ?

GONZÁLEZ ¡ Pues calcúlate tú una vieja ! (Pepita y González se dirigen al fondo y desaparecen por la galería sin ser notados por Amelia y Antonio.)

ESCENA IX

AMELIA y ANTONIO.

- AMELIA El principio de esos amores no necesita usted contarlos.
- ANTONIO ¿No?
- AMELIA Lo supongo. Ella le conoció el día de su éxito, de su gran éxito. Le vió sobre el escenario, aplaudido, ovacionado por el público, y...
- ANTONIO No, querida Amelia. Cuando Teresa se enamoró de Emilio era éste un desconocido, un pobre luchador... y un luchador pobre...
- AMELIA ¿Fué antes?... (Sorprendida.)
- ANTONIO Antes.
- AMELIA Es raro.
- ANTONIO ¡Y tan raro! Mujeres que después del triunfo ciñan el cuerpo del artista con guirnaldas de carne, hay muchas, a montones, iba a decir a puntapiés. Mujeres que antes del triunfo comprendan las grandezas y los sufrimientos del artista y le abran sus brazos, hay muy pocas. Teresa fué una de esas pocas.
- AMELIA ¡Ah!... ¡Ella le adivinó! (Pensativa.)
- ANTONIO Sí, le adivinó, le sostuvo en la lucha; fué su compañera, su amiga...
- AMELIA (Con cierto despecho.) ¡Cuánto la elogia usted!
- ANTONIO Más merece.
- AMELIA Tiene en usted un gran admirador.
- ANTONIO En mí y en todos aquellos que la tratan.
- AMELIA ¿Sí?
- ANTONIO Él que no la admira, la envidia; y la envidia no es, después de todo, más que la admiración enferma.
- AMELIA Y es para admirada. Por ella, y por ser la dueña de un artista tan eminente.
- ANTONIO Si Rojas no fuera artista, sería más envidiable la suerte de Teresa.

- AMELIA ¿Por qué?
- ANTONIO ¿Y usted me lo pregunta? Porque los artistas somos francamente insoportables en la intimidad.
- AMELIA ¡Muchas gracias!
- ANTONIO No hay de qué darlas. También me pongo en la cuenta, por hacernos justicia en montón.
- AMELIA ¿De modo que los artistas somos incapaces de alegrar la existencia de nadie?
- ANTONIO Alegamos la de todos. De ahí que no podamos alegrar la de uno solo.
- AMELIA (Riendo.) ¡Qué exageración!
- ANTONIO Ni soy exagerado, ni me gusta sermonear; mucho menos cuando me hallo junto a una mujer guapa; pero estoy en lo firme.
- AMELIA Vaya, hombre, ¡que no!
- ANTONIO Vaya, mujer, ¡que sí!... Alma, corazón, entendimiento, voluntad, cuanto vale en nosotros algo, se lo entregamos al público, al señor *Todos*. De él y para él vivimos. Para él, para ese señor *Todos*, falto de cédula personal e indeterminado de sexo, son las grandezas, las sublimidades, las exquisiteces de nuestro ser. Pobre del amante con cédula y demás adinículos que se acerque a nosotros!... Recogerá nuestras miserias, y nuestros egoísmos, y nuestras ruindades. ¡Pobre de él!... Más pobre si pretende ser el primero en nuestro amor. Menos pobre, pero pobre siempre, si se conforma con los desperdicios del otro, del señor *Todos*.
- AMELIA ¡Antonio, por Dios!
- ANTONIO No hay por Dios que valga; y en lo que digo no hay censura tampoco, hay pena. La que siento yo de mí mismo, viéndome imposibilitado de ser dichoso, de hacer dichoso a quien me ame sinceramente. Y



basta de filosofías y de tristezas. La filosofía es empachosa; la tristeza, cursi.

AMELIA Y usted, loco.

ANTONIO ¿Yo?

AMELIA A nadie más que a un loco se le puede ocurrir que los artistas, superiores al vulgo en corazón y en inteligencia, son incapaces de ser felices en amor, y de hacer feliz a quien les ame.

ANTONIO ¿Felices?... ¿Lo fué usted con alguno?

AMELIA No. (Como rectificando.) Todavía no.

ANTONIO Y usted, ¿ha hecho a alguno feliz? (Amelia, luego de mirar a Antonio, baja la cabeza sin responder.) Ese silencio es una respuesta.

AMELIA O una requisa.

ANTONIO De la cual sacará usted las más dolorosas consecuencias. Los artistas somos como ciertas desgraciadas mujeres, carne para el deleite público.

AMELIA ¡No hable usted así!... Yo he soñado, soñaré siempre hasta mi última hora... de juventud, con un amor grande, completo, capaz de todos los arrebatos y de todos los sacrificios; amor en que los amantes no se regateen nada, ni el alma, ni el cuerpo, ni los labios, ni el corazón; un amor... El amor leal. El amor tal como lo imagina esta personita que usted cree loca, y sólo es una extraviada que anda y anda buscando un nido que le fabricaron... no sé dónde, y en el cual la espera... no sé quién.

ANTONIO ¡Y tan loca como está usted!

AMELIA ¿Me juzga incapaz de inspirar y sentir un amor de esa especie?

ANTONIO De inspirarlo, no. De sentirlo, sí.

AMELIA ¿Eh?

ANTONIO Los artistas tropezamos algunas veces con seres que por nuestro amor nos lo sacrifican todo y nos lo sufren todo, ¡todo!, como si en lugar de amantes fuésemos hijos suyos, hijos pequeñitos,

criaturas enfermas, a los cuales no se abandona, hagan lo que hagan, porque necesitan apoyo y porque sin ellos no se puede vivir.

AMELIA Antonio...

ANTONIO Si; los artistas tropezamos con esos seres algunas veces, pocas, ¿eh? los mártires no abundan; pero, en fin, existen. Dentro de poco hablará usted con uno.

AMELIA Teresa.

ANTONIO Mártir voluntaria de Emilio Rojas, artista eminente y calamidad eminente también.

AMELIA Mal trata usted a su mejor amigo.

ANTONIO ¡Yo!... Como a hermano le quiero. Hablo de él lo mismo que hablaría de usted, de mí propio. Todos estamos cortados por un patrón. Todos somos, en la vida íntima, unas calamidades.

AMELIA ¡Vuelta!

ANTONIO ¡Pero, hija, si es verdad! Los más grandes arrebatos y sacrificios son pocos cuando se trata del objeto amado, decía usted, hace unos minutos.

AMELIA ¿Decía mal?

ANTONIO Decía usted admirablemente; así es el verdadero amor.

AMELIA ¡Entonces!...

ANTONIO No niego que defina bien el amor. Sólo que de definirlo a sentirlo...

AMELIA ¿Qué?

ANTONIO Vamos a cuentas con su definición. Dejo a una parte los delirios. ¿Sacrificaría usted por nadie su orgullo de actriz, su vanidad de comedianta, sus extravagancias e independencias de criatura excepcional que a nadie necesita, y, por consigüente, no se sujeta a nadie? ¿Dejaría usted de vivir en exhibición permanente por evitar a su amante disgustos? ¿Inmolaría usted en obsequio suyo un éxito en el mundo, un aplauso en la escena?

AMELIA Antonio...

ANTONIO No, y cien veces no. Acaso crea usted ahora de buena fe que lo haría. Pero cuando llegaría el instante, ¡adiós, sacrificio! No lo haría usted. ¿Por vanidad? De ninguna manera. Porque es artista; y a los artistas nos tocó nacer de este modo; porque así, para vivir del público y con el público y en público, nos ha hecho, interior y exteriormente, la santa madre Naturaleza.

AMELIA (Riendo.) ¿También exteriormente?

ANTONIO ¿Qué duda hay? (Negativa en Amelia.) Fíjese usted en usted propia. Usted no es bonita; es hermosa, francamente decorativa, con todo el arrogante esplendor de sus líneas. Poniendo debajo el pedestal estaría completa la estatua. Su voz es vibrante, despótica, dominadora, porque ha de sonar en muchos oídos a la vez; sus facciones son correctísimas, pero pronunciadas, hechas para verse y gozar de lejos. (Amelia ríe.) No se ría usted. La Naturaleza supo lo que hizo construyéndola así, para ser la querida espiritual de las multitudes. Si la hubiese a usted construido para ser amante feliz de un solo hombre, la hubiera creado más menudita de facciones, más débil de voz, más recogida de figura; para estremecerse en un gabinete al contacto de un beso, no para electrizarse sobre la escena al choque de un aplauso. La Naturaleza es un gran escultor. Casi siempre da a sus estatuas de carne proporciones justas al sitio que deben ocupar en la vida.

AMELIA (Riendo a carcajadas.) ¡Bueno, bueno! Déjeme usted en paz con sus lecciones de escultura viviente. Lo que nos ocurre es que no encontramos quien nos comprenda.

ANTONIO Otra música socorridísima. ¡No me com-

prenden! ¿Quién nos va a comprender, si empezamos por no comprendernos nosotros?

AMELIA ¿Quién? Cualquiera que nos iguale en inteligencia, en sentimientos...

ANTONIO ¿Otro artista? No se le ocurra eso jamás. (Con seriedad e intención.) Pensarlo ya es un disparate. Hacerlo, sería una locura, que, sin labrar la dicha de usted, pudiera labrar la desgracia de otros.

AMELIA ¿Qué quiere decir?

ANTONIO ¿Yo?... Nada. (Breve pausa, durante la cual Antonio y Amelia se miran frente a frente.) Rojas ha escrito a usted un hermoso papel.

AMELIA ¿Sí?

ANTONIO Al menos a mí me lo parece.

AMELIA El no puede hacer nada malo.

ANTONIO En arte, no. Le pasa como a usted.

AMELIA ¿Otra pulla? (Se oye a distancia la bocina de un automóvil.)

ANTONIO (Suena la bocina más cerca.) Ahí está el automóvil de sus convidados.

AMELIA Sí, ellos deben de ser.

ANTONIO Vienen en el automóvil de la Peñagrís.

AMELIA Y Teresa con ellos. Salgamos en su busca. (Dirigiéndose hacia la derecha.)

ANTONIO ¿Tanta prisa tiene usted en ponerse frente a esa criatura?

AMELIA ¿Eh? (Confusa.)

ANTONIO (Señalando a la puerta derecha.) Satisfaga usted su capricho. Aquí está. (Entran por la segunda puerta derecha Teresa, la condesa de Nuevalos, el conde de Nuevalos, el marqués de Peñagrís y la marquesita de Peñagrís. Todos vestirán elegantes trajes de "sport". Teresa representará de veintiocho a treinta años. La Peñagrís, veinte. La condesa de Nuevalos, cincuenta. El conde de Nuevalos será un viejo de sesenta, muy retocado y peripuesto. El marqués de Peñagrís, hombre de cincuenta (a ser posible, gordo, sanguíneo, y con la nariz muy encarnada).)

ESCENA X

AMELIA, TERESA, LA CONDESA DE NUEVALOS, LA PEÑA-GRÍS, ANTONIO, NUEVALOS y PEÑAGRÍS.

LA PEÑA. (A Amelia.) ¡Hija, creí que no llegábamos! ¡Qué lata! A poco tenemos que venir a pie. En la mitad del camino se nos descompuso el jamelgo. ¡Teresa se ha llevado un susto!... A propósito: con la historia del automóvil olvidé la presentación. (A Amelia.) Teresa Garcerán. (A Teresa.) Amelia. No hay más que decir.

AMELIA. (A Teresa.) Ha sido usted muy buena aceptando mi invitación.

TERESA. Torpe hubiera sido no aceptándola. Gracias a ella puedo tratar de cerca a quien admiré siempre de lejos.

AMELIA. Ustedes me honran visitando mi casa.

LA NUE. Los honrados somos nosotros.

ANTONIO. No hay que exagerar.

LA NUE. Estamos en casa de una gran artista, y la casa de una gran artista como usted, es palacio de reina.

PEÑAGRÍS. De reina absoluta, sin zarandajas constitucionales. ¡Uf! ¡Qué calor! (Dejándose caer en una butaca y mirando con ansia a todas partes.)

AMELIA. ¿Quiere usted agua? (Peñagrís hace un ademán de repugnancia. Amelia toca el timbre.) ¿Un refresco? (Entra Andrea.)

PEÑAGRÍS. Un refresco vendrá admirablemente. (A Andrea.) Una copa de whisky, de cognac, cualquier cosa por el estilo. (Sale Andrea.) ¡Oh, los artistas, los artistas!

NUEVALOS. Son mi chifladura.

LA PEÑA. Y la de tu mujer; y la de todos nosotros; porque yo también adoro el arte. (Entra Andrea, sirve a Peñagrís y se retira.)

ANTONIO. Sobre todo el arte taurino.

LA PEÑA. Dígalo usted fuerte. Cuidado si resulta bien un matador, cuando está bien, naturalmente, y despliega el trapo y pasa el

toro a dos dedos de los pitones. ¿Pues y cuando lía y se echa el estoque a la cara, y se deja caer, y la entierra toda en el morrillo?

ANTONIO. ¡Entonces, el delirio! (Teresa y Amelia hablan aparte; Peñagrís saborea con deleite el licor servido, y el conde y la condesa de Nuevalos dan marcadas señales de impaciencia.)

PEÑAGRÍS. Unas aficiones no estorban otras. (Llenándose la copa otra vez y apurándola.) Todo es compatible.

LA PEÑA. Prueba de ello es que estoy deseando ver entrar a Rojas por esa puerta con el drama en la mano.

ANTONIO. Vamos, está usted, poco más o menos, como en la plaza antes de que se abra el toril.

LA PEÑA. ¡Guasa viva! ¿Para esto se nos ha adelantado usted?

AMELIA. No ha sido él solo. Antes que él llegaron Pepita y González.

LA NUE. ¿Sí? (La condesa de Nuevalos hace un ademán de curiosidad, que reprime inmediatamente.)

ANTONIO. Por la galería andan. Me parece que allá (Mirando.) en el fondo... No se distingue bien. Está muy oscuro.

AMELIA. Verdad. (Tocando el timbre. A Teresa.) ¿Cómo no ha venido Rojas con ustedes?

TERESA. Creo que almorzaba con Martoria. Probablemente vendrán juntos.

AMELIA. ¿Con Martoria? (Entra un criado por la derecha. Al criado.) Dé usted luz. (El criado lo hace con las lámparas del salón.) Encienda también la galería. (El criado se dirige a la galería.)

ANTONIO. (Adelantándose al criado.) ¡Eh! ¡Pepita! ¡González! ¡Vengan ustedes por acá! (El criado enciende la galería. El conde y la condesa, por un movimiento maquinal, se dirigen a ella. Luego se detienen, ella, abanicándose nerviosamente, él, dando vueltas a la leontina del reloj.)

TERESA. (Mirando al salón.) ¡Cuánta flor!

AMELIA. ¿Es usted aficionada?

y entregándoselo a Amelia.) Aquí lo tiene usted. ¡Ojalá lo considere digno de su incomparable talento!

TERESA No afición, cariño les tengo. Comprendo que es una ridiculez, pero cuando las cortan delante de mí siento impulsos de gritar: ¡ay! (Entran por el fondo González y Pepita.)

### ESCENA XI

Dichos, PEPITA y GONZÁLEZ. Al final, UN CRIADO.

AMELIA ¿Dónde se habían metido ustedes?

GONZÁLEZ Allá, viendo ponerse el sol y charla que te charla...

NUEVALOS (Bajo a Pepita.) Tú me explicarás.

PEPITA Se lo explicaré a tu mujer, si te parece más oportuno. Si no, mira, que se lo explique González, que está hablando con ella.

CRIADO (Saliendo por la derecha.) El señor Rojas. El señor duque de Martoria.

AMELIA ¡Por fin! (Amelia se levanta y se dirige hacia la puerta de entrada, donde aparecen Emilio y Martoria. El primero vestirá con artístico desaliño. El segundo, con elegancia, pero sin ninguna afectación.)

### ESCENA XII

Dichos, EMILIO y MARTORIA.

AMELIA ¡Amigo, cómo se conoce lo bueno en lo que se hace desear!

MARTORIA Yo soy el culpable. Entretuve a Rojas más de lo justo en el casino. (Mirando a Amelia.) ¡Qué elegante! ¡Qué hermosa!

AMELIA (Mirando a Emilio.) ¿De veras creen ustedes que lo estoy?

EMILIO ¿Cómo no?

AMELIA Vaya, habrá que aceptar la sentencia viniendo de tan buenos jueces. (A Emilio.) ¿Supongo que eso estará listo?

EMILIO (Mostrando un rollo de papeles que lleva en la mano

AMELIA (Riendo.) ¿No han empezado los ensayos y ya me adula usted? Veremos lo que dice después del estreno.

EMILIO Lo que ahora. No, más; porque espero de usted el mayor y más querido de mis triunfos.

AMELIA ¿Está usted seguro?... ¡Vanidoso!

MARTORIA (A Teresa.) Querida prima, dichosos los ojos que te ven. No andas por el mundo.

TERESA Por tu mundo, querrás decir.

AMELIA Vaya, suspendamos las galanterías. Aquí está la obra, y allí está el lector.

PEPITA Sólo falta empezar.

AMELIA Pues andando. (A Emilio.) Digo, si a usted no le molesta.

EMILIO ¡A mí! A sus órdenes.

AMELIA Vengan ustedes por acá (La mesa.) y siéntense; sólo se permite aplaudir. (Encendiendo la lámpara que hay sobre la mesa y colocando encima los papeles que le ha entregado Emilio. Todos se sientan en torno de la mesa, excepción hecha de Teresa, Amelia, Emilio y Antonio.)

ANTONIO A lo menos en alta voz.

AMELIA (A Emilio.) Usted, aquí, enfrente del senado. Yo, junto a usted. (Teresa se sienta con los demás. A Teresa.) No puedo ceder a usted mi puesto; hoy el autor es mío; me pertenece; no se lo cedo a nadie. (Con arrogancia. Abre el rollo de papeles y lo pone delante de Emilio, junto al cual se sienta, apoyando los codos sobre la mesa y mirándole de hito en hito. Teresa la contempla con desconfianza. A Emilio.) Cuando usted guste.

EMILIO (Doblando la primera hoja.) *Sin nombre.* (Como si leyera el título.)

ANTONIO Luego de mirar a todos y fijándose en el grupo que forman Emilio y Amelia.) Empieza la comedia.

TELÓN

FIN DEL ACTO PRIMERO